

Godoy y la Ilustración: Las «Memorias» del Príncipe de la Paz, como testimonio

CARLOS SECO SERRANO*



Las «Memorias» del Príncipe de la Paz se escribieron muchos años después de los acontecimientos que pusieron fin a su privanza y al reinado de su protector, Carlos IV. Aunque quizá el proyecto surgiera cuando aquél se hallaba todavía en Roma, su elaboración sistemática tuvo efecto en el liberal y acogedor París de Luis Felipe, donde Godoy y su segunda esposa, Pepita Tudó, instalaron su hogar en 1832. La muerte de Fernando VII y el retorno del liberalismo a la España que salía de la «década ominosa» mediante una prolongada guerra civil propiciaron el primer intento de revisar —de reivindicar— la etapa de gobierno del antaño odiado favorito: ya desaparecido su enemigo mortal, y cuando una nueva generación de intelectuales y políticos iba tomando las riendas del país, Godoy, en situación económica muy precaria, inició simultáneamente sus gestiones formales para rescatar parte al menos de lo que fuera el fabuloso patrimonio que los reyes, sus protectores, le crearon, y —como respaldo a esas gestiones— la «recomposición» de su imagen ante los nuevos españoles que no le conocieron en el poder.

*LA RECOMPOSICIÓN
DE LA IMAGEN
DE GODOY*

* De la Real Academia de la Historia y catedrático.

En sus últimos años de Roma, el en otro tiempo todopoderoso «Manuel» había adquirido el modesto «feudo» papal de Bassano, con título de príncipe; fue una «piadosa» compensación de la Corte romana a la gestión de la Embajada española para privar al antiguo favorito de su esplendoroso principado de la Paz —tan cargado de utópicas resonancias históricas—. A cambio del nuevo diploma Godoy hubo de entregar, en efecto, aquel preciado título al embajador de Fernando VII cerca del Pontífice; pero la transacción con Roma le costó 70.000 piastras, cuando ya su bolsa comenzaba a resentirse.

En París, instalados en el número 59 *bis* del boulevard Beaumarchais, los «príncipes de Bassano» pudieron sostener aún, por poco tiempo, una vida social más o menos brillante.

Luego Godoy se quedó solo: Pepita, su mujer, se trasladó a Madrid para gestionar personalmente la rehabilitación del Príncipe y ocuparse de la publicación en España de las memorias en gestación.

La redacción definitiva de éstas debió tener lugar entre 1833 y 1836. Cuando Mor de Fuentes visitó París, en 1834, se enteró de que Godoy estaba escribiéndolas, y fue él quien trajo la noticia a España. Es muy curioso lo que en su *Bosquejillo histórico* nos ha referido acerca de este encuentro con el ministro desterrado:

«El día de la Ascensión se me antojó ir a la Embajada, y como allí se comía muy tarde y era una de las poquísimas fiestas que han quedado en Francia, el paseo debía estar concurridísimo. Fuime, pues, para hacer tiempo, a las Tullerías, embosquéme hacia el centro, y en una de las calles interiores me encontré con un francés llamado Esménard, que había vivido mucho tiempo en Madrid y hablaba castellano como los naturales. Iba en su compañía un sujeto de alguna edad, grueso, pero ágil y de una traza regular. Llevaba levita azul y una cintita de condecoración en el ojal. Juzgué que era algún general francés de los muchos que hay allí retirados, y al incorporarme, por no incurrir en la malísima crianza tan común de usar una lengua que no conocen todos los presentes, los saludé y me puse a hablar en francés. Advertí luego que el desconocido se desviaba algún tanto, y como, por otra parte, su compañía no me interesaba en gran manera, me separé muy pronto. Al despedirme díjome Esménard en castellano: "Tenemos que hablar." "Cuando usted quiera", le contesté, y quedamos emplazados para la mañana siguiente en mi casa.

Apenas nos vimos me preguntó Esménard: "¿No conoció usted a aquél que venía conmigo ayer tarde?" "No, por cierto —le contesté—; sería algún general francés." "¿Qué general ni calabaza! ¡Si era Godoy! Verá usted lo que pasó. Como nos oyó hablar en castellano, me dijo: —"Ese parece español"—; y habiéndole respondido quién era usted, contestó: —"¡Pues no conozco otra cosa! Ya siento no haberle hablado"—; "Me pareció que le disgustaba mi presencia." "Es que —dijo entonces Esménard—, en viendo una persona extraña, se sobresalta todo, y más si se le figura que puede ser español." "¿Qué, le dura todavía *lapáúra* de Aranjuez?" "Así parece», dijo, y hablamos de otros asuntos.

Pasados tres o cuatro días, acabado de comer, y en un pasadizo de los famosos de París, que venía a caer debajo de mi cuarto, me encuentro con el susodicho, se para, me sonrío y me dice: "Ya dije la otra tarde a Esménard que le conocía a usted mucho." "No sé cómo puede ser eso —respondí encogiéndome de hombros—, porque yo no *iba por allá*." "Aunque la persona no venía —me dijo con halagüeña sonrisa—, me llegaban los escritos", y siguió en estos términos, requebrándome como a una Dulcinea, por donde inferí que no era tan irracional como suponíamos cuantos le habíamos tratado.»

Parece que está escribiendo unas *Memorias*, que el Esménard traduce en francés, sobre el tiempo de su Ministerio, o más bien reinado, que podrán contener curiosidades sumamente interesantes. Con este motivo, y sin pretender visitarle, se me antojó diri-

GODOYESCRIBE
SUS MEMORIAS

girle unos versos, sin asomo de adulación o de insulto; tratándole, al contrario, de náufrago y exhortándole a continuar su obra con la veracidad que requiere la imparcialidad histórica.»

En el mismo año (1836) en que Mor de Fuentes publicó el libro autobiográfico en que se recoge esta anécdota, aparecieron en efecto, en París y en francés, las memorias de Godoy, bajo el título: «*Mémoires du Prince de la Paix, don Manuel Godoy, duc d'Alcudia, prince de Bassano...*, traduits en français d'après le manuscrit espagnol par J. G. d'Esménard, lieutenant-colonel d'état major». Abarcaban cuatro tomos en 8.º, de 375, 395, 382 y 380 páginas respectivamente, y se enmarcaban bajo el epígrafe: *La calumnia muere con el hombre oscuro, pero vive...* Parece ser que un incendio había retrasado la publicación de los dos primeros volúmenes, según refiere el editor Ladvocat en su prólogo. Una nueva edición, ahora en castellano, se presentó asimismo en París tres años más tarde (1839) en seis tomos agrupados en tres volúmenes. Pero, entre tanto, había empezado en Madrid la tirada de una española, cuya lenta aparición se prolongaría durante años: el último y sexto tomo no vio la luz hasta 1842. Y en el intervalo comenzaron a publicar dos ediciones «pirata» también en Madrid —simultáneamente y en sendas retraducciones castellanas— unos aprovechados *espontáneos* —Francisco P. Anaya y Nicolás Arias— en forma de cuadernillos periódicos; lo que provocó una carta de protesta de Josefa Tudó, aparecida en la prensa de aquellos días.

El primer comentario —mordaz y poco elegante— a las *Memorias* lo hicieron los anónimos autores de las *Banderillas a las Memorias de don Manuel Godoy escritas por él mismo* (1836). Muy diversa fue la acogida que les dispensó —en dos artículos— Mariano José de Larra. Se entiende: *Fígaro* había nacido en 1809, y era hijo de un *afrancesado*. Su visión quedaba más acá de las pasiones y de los odios que despertó la crisis nacional de 1808; la pluma del crítico, con frecuencia mordaz, se impregna en estos dos artículos con un tono de piedad por el caído, que es, posiblemente, la primera lanza rota a favor del Príncipe:

«El antiguo Príncipe de la Paz, arbitro de España, y don Manuel Godoy, extranjero y particular en París, es la personificación del alma destinada a ver el cuerpo crecer, robustecerse, llegar a su apogeo y sucumbir a la ley común de la decrepitud y la decadencia; don Manuel Godoy, condenado a ser espectador del Príncipe de la Paz caído, es el hombre a quien se le concediera el funesto privilegio de contemplarse a sí mismo después de muerto. Horrendo castigo por cierto, si fue delincuente, y ante el cual debe expirar todo rencor, ante el cual la justicia misma de los hombres debe velarse el rostro, contemplando el alcance de su severidad. Y horrible ejemplo también si no fue delincuente, y si la alta posición en que se encontró, suscitando enemigos que mejor perdonan el crimen que la fortuna, pudo ser la causa principal de su desgracia.»

¿Quién escribió las *Memorias*? Estamos habituados a libros de este género redactados por «negros» a sueldo. Se trata, no obstante, de una práctica menos frecuente en el siglo XIX que en el nuestro. De la autoría de las *Memorias* queda algún testimonio muy directo, que parece asegurarnos sobre su paternidad. Esménard, que redactaba la versión francesa al tiempo que se escribía la castellana, siguiendo, día por día, la elaboración de ésta, afirma: «*Los talentos literarios del Príncipe de la Paz* han sido injustamente despreciados, como todo lo demás: era un prejuicio. La lectura de este libro disipará muchas prevenciones; y, desde luego, es él quien lo ha compuesto, redactado casi a mi vista. La copia que se está imprimiendo ha sido revisada, corregida, comprobada por él, rubricada al pie de cada página, firmada al fin de cada capítulo.» Un gran historiador de nuestro siglo, habituado a leer documentos originales de Godoy —André Fugier—, ha ratificado la afirmación de Esménard. Según él no puede negarse que el estilo de estas *Memorias* «*c'est bien celui de Godoy*».

Y sin embargo, hay un testimonio irrefutable que rectifica sustancialmente las palabras de Esménard y la opinión de Fugier: es el de Pepita Tudó, autora a su vez de unos *Recuerdos* cuyo paradero actual desconocemos —si no se han perdido definitivamente—, pero que Cánovas salvó en pequeñísima parte, a través de unas curiosas anotaciones tomadas del original. Esas anotaciones dicen textualmente: «Quien corrigió las *Memorias* de Godoy fue don José M. Sicilia, de Granada, el autor de la *Ortología española*. Las había escrito aquél en dos tomos, y ajustó en un tanto por tomo, con éste, su redacción definitiva en París; y él, porque continuase la pensión, alargó todo lo que pudo la obra. El elegir a Sicilia fue consejo de Martínez de la Rosa.» (1).

Este curioso texto aclara de forma definitiva el asunto. Hubo una primera redacción, un «borrador» de Godoy. Pero la intervención de Sicilia debió de modificarlo en forma sustancial, no limitándose a corregir la sintaxis —y la ortografía— del Príncipe, sino dilatando el texto, a fin de sacar buen partido a su contrato económico con aquél: los numerosos capítulos dedicados a exponer los progresos de la cultura en España bajo el gobierno Godoy parecen obra muy personal de Sicilia: se nota en ellos el conocimiento y el dominio de un intelectual. También en los diálogos y discursos hubo de intervenir a fondo su pluma, aunque sepamos, por otra parte, la afición que Godoy tenía a la oratoria, y que sus presuntas dotes «cicerónicas» eran especial objeto de admiración por parte de la reina María Luisa. Pero sin duda en el texto final quedó mucho de lo escrito por Godoy, y, sin duda también, éste vigiló y siguió muy de cerca el resultado de aquella peculiar colaboración; la observación de Fugier no es, pues, un «planchazo» del ilustre historiador francés.

Las *Memorias*, como suele ocurrir en este tipo de libros, atienden ante todo a *la justificación histórica de su autor*; hay que leerlas teniendo esto muy presente. Pero, precisamente en

LOS TALENTOS
LITERARIOS DEL
PRINCIPE DE LA PAZ

LA JUSTIFICACIÓN
HISTÓRICA DEL
AUTOR

(1) B. N., Mss 12970/6.

aquella parte que nos hemos permitido atribuir a Sicilia, pueden seguirse con entera confianza, pues se limitan a dar testimonio de un hecho innegable: la vigencia y, mejor aún, la culminación de la Ilustración en España durante el reinado de Carlos IV. Si hay algo que pueda justificar ante la historia la época de gobierno de Manuel Godoy, es su empeño de continuar y ensanchar la «senda de las luces». El hecho fue reconocido noblemente por don Marcelino Menéndez Pelayo:

«Creo —escribió el polígrafo santanderino en carta dirigida al historiador francés Pitollet, y por éste publicada mucho más tarde— que es un error histórico, bastante difundido por cierto, el creer que con el advenimiento de Carlos IV se paralizó el movimiento intelectual del siglo XVIII. Aquél fue muy funesto en España por otros conceptos, pero en la relación de la cultura continuó muy dignamente la obra de los tres reinados anteriores. Muchas de las cosas empezadas en tiempos de Carlos III se acabaron entonces, y también se emprendieron otras nuevas, de que puede formarse largo catálogo. En las *Memorias* de Godoy (que, por supuesto, no escribió él) hay un capítulo importante sobre los progresos científicos de entonces. El método pestalozziano, los jardines de aclimatación, la Escuela de Ingenieros Topógrafos, el Observatorio Astronómico y otras fundaciones útiles, son de entonces. También se hicieron viajes naturalistas a América. Lo que detuvo este avance de cultura fue la invasión francesa del año 8 y las guerras civiles posteriores.»

Sería, en efecto, grave injusticia confundir en una misma condena la política internacional de Godoy —cuya capacidad «diplomática» quedaba muy por debajo de los acontecimientos que acabaron arrollándole— y su significación como promotor de «las luces». Y, sin embargo, también en este aspecto se le ha querido denigrar, presentando su época de gobierno en contraste —negativo— con respecto a los días áureos de Carlos III, aunque la evidencia desmienta el prejuicio. Pondré un ejemplo muy significativo. En el estudio que el ruso Bugoliúvov ha dedicado a Agustín de Betancourt —figura clave de la ilustración científica española en la fase transicional del siglo XVIII al XIX, y especialmente distinguido por la «España oficial» en los días de Carlos IV— puede leerse lo que sigue:

«En 1788 muere Carlos III, y el despotismo ilustrado pierde fuerza. Le sucede Carlos IV, y con él una camarilla que llevó a España al borde de la ruina y estuvo a punto de privar al país de su soberanía. La ofensiva reaccionaria no sólo afectó a la población trabajadora. Todos los esfuerzos anteriores para fomentar el comercio quedaron reducidos a la nada; los elementos progresistas fueron expulsados del Gobierno...»

Ahora bien, páginas más adelante, y en ese mismo libro, se nos dice:

«A finales de 1791 Betancourt llegó a Madrid; se instaló en el Retiro y allí vivió hasta 1807. Son años de mucho trabajo; es jefe del Real Gabinete de Máquinas y académico de Bellas

Artes; pero además viaja por el extranjero, colecciona modelos —parte de ellos obra de sus manos— para su Gabinete... El Real Gabinete de Máquinas ocupa varias salas del Buen Retiro; para ayudarle en él fueron designados Ternas Berg y Juan de la Fuente. Por su cargo, Betancourt recibió el título de intendente (equivalente al de gobernador provincial), con 20.000 reales de sueldo al año, cantidad que le duplicaron en 1793.»

Sin más que consultar fechas, podría comprobarse que la «ofensiva reaccionaria» no existió: todas las ayudas, facilidades y honores ofrecidos a Betancourt —recuérdese, *entre 1791 y 1807*— coinciden exactamente con la privanza de Godoy. La realidad es que el célebre favorito se sintió siempre identificado con la gran corriente ilustrada, y que puso el mayor empeño en ganarse a sus hombres más representativos. Generalmente se acude al «caso Jovellanos», presentado como víctima de Godoy, cuando la verdad histórica es muy otra: el Príncipe de la Paz buscó en todo momento la amistad del ilustre escritor y jurista asturiano; le sacó —venciendo resistencias muy altas— del destierro a que le había enviado Campomanes, y lo incorporó a su propio Gobierno a través de la Secretaría de Justicia. Fue, por el contrario, Jovellanos —de acuerdo con Saavedra, otro de los favorecidos por Godoy, y bajo el influjo de Cabarrús— quien, olvidando cuanto debía al Príncipe, contribuyó eficazmente a la caída de feste en 1798 —es decir, a su «eclipse» de dos años—. Y, según el testimonio de León y Pizarro, una vez producido el cesé de Godoy como secretario de Estado, se mostró partidario de extremar el rigor contra «el favorito», alejándolo para siempre de la Corte. Se explica que el Príncipe no sintiera una especial «gratitud» por el ministro, y que manifestase sus ijeservas con respecto a él en su correspondencia de estos años. Pero la posterior desgracia de don Gaspar y su confinamiento en Bellver no fueron obra suya, sino del marqués de Caballero, elevado a la Secretaría de Estado en 1801. Caballero alimentaba los temores y recelos de los reyes respecto al autor de *El delincuente honrado*. La animosidad de la reina María Luisa contra éste no ofrece dudas —llovía sobre mojado—, y alguien, probablemente el mismo Caballero, se encargó de fomentarla, presentando a don Gaspar como un peligroso «jacobino», enemigo de la Monarquía, acusación que alcanzaba a Saavedra, a Urquijo y a Cabarrús.

Pero —insistimos— no fue Godoy el inspirador de tales ideas: por el contrario, la «cuestión Jovellanos» le enfrentaría con el criterio de la reina repetidamente, dada su insistencia en solicitar indulgencia para el proscrito. «Veo lo que nos dices en el asunto de Jovellanos —le escribía María Luisa el 24 de febrero de 1802—: a la vista hablaremos, Manuel, pero *no estamos acordes* en eso...» Godoy, al contestar a esta carta, se alza del caso concreto de Jovellanos para sentar un principio de gobierno (advírtase que esta conversación epistolar

JOVELLANO
SYGODOY

(2) Archivo Histórico Nacional, Estado, núm. 2821.

(3) Archivo de Palacio, *Papeles Reservados*, t. 95. En sus *Recuerdos* cits. en nota (1), Pepita Tudó atribuye el destierro de Jovellanos a la resistencia opuesta por éste a las imposiciones de la Reina, que «quería disponerlo todo». Según ella, todos los destierros del reinado tuvieron por causa «el carácter vengativo e imperioso» de la Reina María Luisa: «el Príncipe de la Paz se oponía a ello cuando era posible».

(4) Véase como muestra este texto epistolar: «...Cada vez que me da en los ojos un chispazo de la magnanimidad de Vuestra Excelencia, quisiera estar hablando de ella a guisa de tarabilla; machacar a todo el mundo con reflexiones al propósito; acachetear a todo malandrín que a vista de pruebas tan grandes osase poner su lengua pestífera en la opinión de mi ídolo...» (Archivo de Palacio, *Papeles Reservados*, t. 102). Más irrisorio aún es este fragmento de la carta en que Forner felicita a Godoy por su elevación a la categoría de primer secretario de Estado: «Por lo que a mí toca, quisiera en esta ocasión poder desahogar los borbotones de mi júbilo, dando a V. E. aunque no fueran sino doce o quince estrujones, llamados abrazos en el calepino del amor, salpicados de seis u ocho besos bien rechupados y que dejasen estampados en sus mejillas el sello de mi ternura y alborozo...» (María Jiménez Salas, *Vida y obras de D. Juan Pablo Forner y Segarra*, Madrid, 1944, pp. 113-114.)

tiene por motivo la necesidad de seleccionar nombres capaces, para reconstruir el Ministerio):

«No conozco, a fe mía, hombres que no tengan algún resabio y conexión. La variedad de opiniones es el germen de las contiendas, pero nunca hay menos riesgo de sus consecuencias que cuando se tiene un vigía que las observa: si Vuestras Majestades pueden fiarse de una persona a quien den crédito, no tengan dificultad en elegir para los Ministerios aquellos hombres que han adquirido alguna opinión, ya sea de honrados, trabajadores, vigilantes e instruidos; nada importa darles las riendas si hay otro que les dirige por el camino que deben. No me riña V. M. porque parezca bueno y gradúe por los efectos si la bondad es perjudicial, pues en tal caso sería maldad indigna de tolerarse; el hombre, Señora, desvaría y sueña, pero si se deja aislado no puede contagiar con su doctrina» (2).

No hay en estos textos claridad suficiente como para permitirnos imaginar que Godoy pretendía algo más que la rehabilitación de Jovellanos —su incorporación, de nuevo, al Ministerio, por ejemplo—. Lo que sí parece indudable es la buena voluntad del Príncipe hacia el proscrito, y la tenaz reacción negativa que ello suscitaba en las más altas esferas. Si Godoy afirma que las opiniones erradas de un ministro pueden ser paliadas por un «vigía» que lo dirija, desde arriba, «por el buen camino» —huelga decir quién *podría ser* el «vigía»—, María Luisa contesta vivamente, acusando de nuevo a Jovellanos:

«Amigo Manuel, sabes tenemos el Rey y yo toda nuestra confianza en tí, y que dices muy bien en cuanto nos escribes; pero sabes ha habido *un Jovellanos* y *un Saavedra* que todo lo han desorganizado y revuelto; verdad es que aquellos eran otros tiempos; sin embargo, el hombre malo, ya que no pueda hacer daño directamente, indispone y trastorna lo más que puede su malicia...» (3).

El caso de Jovellanos pone de relieve un hecho importante: a la hora de la verdad, Godoy no pudo contar con el hombre que había venido a ser como el símbolo de «las luces» en aquella España que él regía a su albedrío. Pero no es menos cierto que una gran parte —no la menos selecta— de los ilustrados se le mostró, en cambio, lisonjeramente favorable; y él derramó sobre ellos, a manos llenas, su munificencia. Alguno demostró su gratitud llevando a extremos sonrojantes su servilismo —así, Juan Pablo Forner, cuyas epístolas al Príncipe podrían dejar pequeño cualquier ejemplo extremo en una antología de textos adulatorios (4)—. Moratín fue uno de sus grandes protegidos, como lo fue Meléndez Valdés, que le dedicó su *Oda contra el fanatismo* (1794), expresiva muestra de las esperanzas que estos hombres pusieron en el joven y animoso ministro: cuyo *programa* plantaba cara, de manera resuelta, a los privilegios del temido tribunal del Santo Oficio. Y, en efecto, no sólo consiguió Godoy arrebatar a los inquisi-

dores la causa del profesor de Salamanca Ramón de Salas, avocándola al Consejo de Castilla, sino que respaldó esta medida con una Real Orden «prohibiendo a la Inquisición proceder en prisiones contra nadie, de ningún estado, alto o bajo, sin consultar al Rey previamente y obtener su permiso soberano». Como en otro lugar escribí, tal disposición, en efecto, bien podrá ser calificada como *el máximo triunfo obtenido por el espíritu ilustrado a todo lo largo del siglo he las luces en su versión española*, y ello explica el entusiasmo con que la saludó Meléndez Valdés, que venía aconsejando al favorito:

«...El monstruo derrocado que guerra impía a la santa verdad mueve envidioso...»

Hay, en fin, algo innegable en la manera de proceder de Godoy con respecto a sus adversarios: la ausencia de crueldad o de rencor. Moratín, al subrayar en un elegante elogio poético esta bondad esencial del denostado Príncipe de la Paz, está muy lejos de la típica ficción adulatoria; refleja, simplemente, un hecho real:

«El poder no en violencia se asegura, ni el horror del suplicio le sostiene, ni armados escuadrones; pues donde amor faltó, la fuerza es vana. Tú lo sabes, señor, y en tus acciones ejemplo das. Tú la virtud oscura, tú la inocencia amparas. Si olvidado el mérito se vio, tú le coronas: las letras a tu sombra florecieron, el celo aplaudes, el error perdonas, y el premio a tus aciertos escribiste en placer interior que el alma siente...»

Por supuesto, esta generosidad de Godoy no le sería reconocida, a la hora de su desgracia, ni siquiera por aquellos que más tenían que agradecerle, empezando por el coride de Floridablanca, a quien él libró, apenas llegado al poder, de los rigores con que Aranda había agravado su destierro. Basta repasar la correspondencia epistolar que el ex ministro de Carlos III sostuvo con el Príncipe de la Paz en 1799, en que aquél le llamaba «mi amado, excelentísimo y singularísimo favorecedor» asegurándole que era y sería «eternamente su más verdadero amigo del corazón, y el más agradecido de los hombres» (5).

Es este «liberalismo filosófico» —contraste positivo de su ambición personal, y del mezquino juego de sus relaciones con Napoleón— lo que informa la apertura de Godoy al progreso en el ámbito de la cultura: esa faceta de su política que Menéndez Pelayo reconocía explícitamente en su carta a Pitollet, y que también subraya nuestro gran historiador de la ciencia española, Juan Vernet, para quien el colapso *del febril desarrollo* de aquélla en el último cuarto del siglo *ÍV* debe

GODOY Y
MORATÍN

LOS ESFUERZOS Y
REALIZACIONES DE
LA ÉPOCA DE CARLOS
IV EN EL CAMPO DE
LA ILUSTRACIÓN

(5) Arch. de Palacio, *Pa-
peles Reservados*, t. 102.

atribuirse a la guerra de la Independencia, pero no al reinado de Carlos IV.

¿En qué actividades se manifiesta, de forma indiscutible, ese *febril desarrollo* al que abre paso, en primer término, la neutralización —anulación efectiva— del gran obstáculo inquisitorial al que antes nos hemos referido? Dejando a un lado lo más espectacular y vistoso —el alto nivel literario, simbolizado en los dos nombres especialmente favorecidos por el mecenazgo de Godoy, Moratín y Meléndez; el esplendor de las artes plásticas, a través de Goya o a través de Juan de Villanueva—, es necesario subrayar dos fenómenos culturales que significan la culminación del «siglo de Carlos III»: la renovación de la enseñanza, que presta absesiva atención a las ciencias útiles y a su cultivo, y los avances técnicos que, partiendo del desarrollo de la especulación teórica, hallan su aplicación en la industria y en la ingeniería.

RENOVACIÓN DE LA ENSEÑANZA

La renovación de la enseñanza —que a nivel medio tiene su «expresión simbólica» más conocida en la creación del Instituto de Gijón por Jovellanos y culmina en la introducción del método pestalozziano por el propio Godoy— halla campo, marginando las esclerotizadas aulas de la universidad tradicional, a través de organismos *nuevos*, como los Reales Colegios de Cirugía de Barcelona y Madrid (fundados ambos en los días de Carlos III, el primero en 1767 y en 1787 el segundo). Uno y otro alcanzan a finales de siglo, bajo el impulso y la preocupación de Godoy, una solidez y una autonomía sumamente eficaces, triunfando del recelo y del despecho de los adocenados médicos *universitarios*. Prototípico es el caso de Gimbernat, que en 1795 logra un decreto para poner el Colegio de Cirugía barcelonés bajo la jurisdicción de los capitanes generales y ampliar el ámbito de sus estudios, al tiempo que creaba el cuerpo de *internos*. «Lo más interesante de todo —escribe Vernet— radica en que uno de los estudiantes del Colegio de Cirugía de Barcelona fue Orfila, más tarde decano de la Facultad de Medicina de París y ministro de Educación en Francia. Y éste, en su autobiografía, nos ha dejado testimonio de cómo este Colegio iba a la cabeza de las reformas pedagógicas que más tarde se extendieron por España y cómo él, súbdito francés desde 1819, no vaciló en implantar sus métodos en su país de adopción». El mismo Vernet observa que «el costo de estas instituciones... debió ser enorme, pues estaban extraordinariamente bien montadas, y no desmerecían de las similares de los restantes países europeos. Los científicos extranjeros que las visitaban se hacían lenguas de las mismas. Ejemplo, la comisión francesa que visitó el Observatorio de Cádiz cuando éste se encontraba bajo la dirección de Tofiño...».

LAS MATEMÁTICAS

El proceso de desarrollo de las Matemáticas en España llega a su culminación igualmente —sin solución de

continuidad— entre los reinados de Carlos III y de Carlos IV. En los colegios militares —también al margen de la universidad tradicional— se introduce el estudio del cálculo diferencial o *de fluxiones* («Matemáticas sublimes») en fecha relativamente temprana. «Que a fines de siglo —escribe Vernet— el nivel de estos estudios era alto, parece seguro, ya que se creó (19-8-1796) el Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos, que debía tener a su cargo el Observatorio de Madrid...; las materias a enseñar eran Aritmética, Análisis, Geometría, Cálculo Infinitesimal, Trigonometría Plana y Esférica, Óptica General, Astronomía "Sintética", Astronomía Práctica, Construcción de Cartas, Meteorología, Trazado de Planos y Observación Astronómica.» Es el momento de José Chaix, autor del primer tratado sobre Matemáticas Sublimes (*Instituciones de cálculo diferencial e integral con sus aplicaciones a las matemáticas puras y mixtas*); y de Agustín de Pedrayes, que en 1797 publicaría su *Nuevo y universal método de cuadraturas determinadas*. Agustín de Pedrayes contó en todo tiempo con la ayuda y protección oficiales; comisionado por el Gobierno español, junto con Gabriel Ciscar, participó en las reuniones celebradas en París (1798-1800) a fin de fijar el sistema métrico decimal.

Similar al auge de los estudios matemáticos es el alcanzado en la época de Carlos IV por *la Astronomía*. En 1790 se crea el Observatorio de Madrid, cuya graciosa fábrica fue obra de Villanueva; en 1798 se traslada a San Fernando el de Cádiz, mejorándolo sustancialmente; en 1789 y 1803 se crean, respectivamente, los americanos de Montevideo y Bogotá; en 1806, cerrando el ciclo, se funda en la península el de El Ferrol. El papel desempeñado por España en la renovación del movimiento científico universal se percibe en su importante contribución a los avances de finales de siglo —observación de los tránsitos de Mercurio y Venus delante del Sol y prolongación del arco de meridiano de Dunkerke y Colliure—. Con ambas ciencias —Matemáticas y Astronomía— se relaciona, de otra parte, el apogeo de la Náutica, en que descuellan Tofiño, Macarte, Cosme Damián Churrua, José Mendoza y Ríos, Gabriel de Ciscar y José Luyando.

Igual esplendor alcanzan en esta época los estudios de Física y Química, en los que la personalidad de Agustín de Betancourt da una de las grandes cimas científicas de la época. El profesor Vernet ha estudiado especialmente sus proyectos encaminados a tender una línea telegráfica —según el sistema Chappe— de Cádiz a Madrid, y sus ensayos de transmisión de señales eléctricas entre Madrid y Aranjuez. Betancourt es, por lo demás, junto con José Lanz —muy amigo de Godoy—, uno de los principales introductores del *maqumismo* en la España de finales de siglo; ambos —Betancourt y Lanz— impulsaron, asimismo, grandes obras de ingeniería: ya hemos mencionado la creación del Cuerpo de

LA ASTRONOMÍA

FÍSICA Y QUÍMICA

Ingenieros de Caminos, Puentes y Canales, dirigido por Betancourt a partir de 1801. En continuidad con las realizaciones en infraestructura viaria —carreteras y canales— iniciadas en los días de Fernando VI con arreglo a los proyectos de Ward, solamente en los años que corren desde la paz de Basilea al final del reinado quedaron construidos 2.000 kilómetros de carreteras; y para valorar este esfuerzo bastará recordar que en el reinado de Fernando VII, tras la guerra de la Independencia, que en buena parte contribuyó a destruir las grandes realizaciones anteriores, sólo se añadieron 914 kilómetros; y en los catorce años que siguieron al final de la guerra carlista, el avance fue lentísimo (1.737 kilómetros); habría que llegar a los días de la Unión Liberal —medio siglo después de la «era de Godoy»— para registrar esfuerzos y resultados parecidos a los conseguidos por éste durante su período de gobierno.

LAS
TRANSFORMACIONES
TÉCNICAS

Y, en otro orden de cosas —pese al terrible «handicap» que supuso la prolongada guerra con Inglaterra iniciada a raíz de la firma del tratado de San Ildefonso (1796), con un solo paréntesis de paz entre 1802 y 1804—, las transformaciones técnicas que aproximan el taller a la fábrica en los textiles catalanes, conducían por entonces, claramente, a una auténtica revolución industrial: en 1805 hace su aparición en Cataluña la «mulé Jenny», aunque las dificultades del momento impidan su difusión; un año antes se había iniciado la aplicación, por Francisco Sanpónts, del vapor a la industria textil —aunque ya era conocida en España la máquina de Watt.

Ciertamente, los avances en la especulación teórica, tanto como las aplicaciones prácticas, son consecuencia de una liberal política de «intercambio cultural» —de «apertura cosmopolita»— que, programada ya en tiempos de Fernando VI y de Carlos III, y tras el colapso impuesto por la revolución francesa, *conoce su capítulo más brillante bajo el impulso de Godoy*. En esta época abundan cada vez más los jóvenes que viajan a Francia, Alemania y Suecia para perfeccionar sus estudios; y son muy numerosos los profesores foráneos contratados a su vez en España. Entre éstos últimos destaca especialmente el ingeniero francés Proust, cuya labor en nuestro país, iniciada en los días de Carlos III, cosecha sus mejores frutos en la etapa siguiente. Proust había trabajado en Vergara hasta 1788, trasladándose luego a Segovia (1788-1799) y fijándose por último en la capital del Reino, donde, bajo su dirección, se fundó el Laboratorio de la Corte de Madrid (1799). Sus trabajos en este último *hogar científico*, que le retuvo hasta 1807, culminaron en el descubrimiento de la ley de las proporciones definidas. Discípulo de Proust fue José Munárriz, traductor del *Tratado de química* de Lavoisier.

FAUSTO
Y JUAN JOSÉ
ELHUYAR

En cuanto a los españoles formados en el extranjero, hay que citar en primer término a los hermanos Fausto y Juan José Elhuyar, profesores luego en Vergara, donde el segundo había logrado obtener —todavía reinando Carlos III— el

tungsteno o wolframio; trasladado luego a Nueva Granada (Colombia), organizó el sistema metalúrgico de las fundiciones de plata de Mariquita. Por su parte, Fausto desarrolló notable actividad en los estudios de amalgamación de metales nobles, y con Sonneschmidt viajó a México, donde organizó el Real Seminario de Minería (1792), merecedor de los más encendidos elogios de Humboldt. Ambos nombres —Elhuyar y Humboldt— son buena introducción al gran capítulo de realizaciones que, en el inmenso ámbito americano, convierten esta época en el momento áureo del largo proceso de intercambio cultural entre los dos continentes, iniciado tres siglos atrás. El cuadro que el propio Humboldt trazó de la *realidad mexicana* casi en vísperas de la independencia es, de por sí, un alegato a favor de la obra de España en América durante el reinado de Carlos IV. En la dedicatoria de su *Ensayo político sobre el reino de Nueva España* —«A Su Majestad Católica Carlos IV, Rey de España y de las Indias»— dice Humboldt que su obra «traza el cuadro de un vasto reino cuya prosperidad, Señor, es grata a vuestro corazón». No se trata simplemente de una «expresión de circunstancias»: la actividad «estimulante» de los equipos ilustrados en esta etapa de culminación final, a través de los vastos espacios americanos, es verdaderamente extraordinaria, y supone la mejor concreción del trasiego «cosmopolita» a que antes me he referido. El balance sistemático de las riquezas del mundo hispánico, emprendido por mandato regio —tarea en la que se inserta la actividad de los Elhuyar y de Manuel del Río: profesor éste de Mineralogía, formado en Freiberg, y a quien se debe el descubrimiento del vanadio—, encierra cómo faceta principal el esfuerzo desplegado para obtener mayores rendimientos de las minas mediante mejores métodos de amalgamación; esfuerzo paralelo al que, en la metrópoli, e impulsado por las Sociedades Económicas, y especialmente la de Vergara, había conducido al primer intento de encender, en la Real Fábrica de Trubia, un alto horno de coque mineral (1796), aunque sin éxito; mientras, el marqués del Sargadelos —con respaldo oficial frente a la reacción inmovilista de los intereses ligados a las ferrerías tradicionales— ponía en marcha el primer alto horno vegetal de España, en Santiago de Sargadelos (Lugo).

La paleontología, la biología, la zoología] esplenden igualmente en los días de Carlos IV, con capítulos de especial relevancia en el Nuevo Mundo. Félix de Azara, Radicado en Sudamérica entre 1781 y 1801, aparte de realizar «las mejores observaciones geodésicas hechas hasta aquel entonces en América del Sur», puso a prueba, en el campo de las ciencias naturales —botánica y zoología—, «sus cualidades de observación y sus intuiciones geniales» (Vernet), sin más guía que la obra de Buffon: traducido a diversos idiomas, alcanzaría eco notable, tanto en Cuvier como en el propio Duvain. Gómez Ortega, continuador de la obra de José Gómez Quer y Martí-

OTRAS CIENCIAS

nez *Flora española*, introduce en su tomo V la clasificación de Linneo; director del Jardín Botánico de Madrid hasta 1801, contribuye de otra parte a aclimatar en España los nuevos métodos de la Física y Química contemporáneos, importando buen número de aparatos científicos. Aún más brillante es la figura de su sucesor al frente del Jardín (Antonio José Cavanilles), autor de la obra *Observaciones sobre la Historia Natural, la Geografía y la Agricultura del reino de Valencia* (1795-1797).

Pero la labor de estos naturalistas —y la de Francisco Antonio Zea, que planeaba en 1806 la creación de 24 jardines botánicos en provincias— no se circunscribe a las instalaciones del Jardín Botánico madrileño; éstas, en todo caso, deben mucho a las expediciones científicas llevadas a distintos territorios de Hispanoamérica, cuyos resultados, por supuesto, se verificaron y guardaron en aquél. Todavía en el reinado de Carlos III se llevó a cabo la de Hipólito Ruiz, Dombey y Pabón a Perú y Chile —base de la gran obra *Flora peruviana et chilensis*, cuya publicación se inició en 1798—; y ya en la época de Carlos IV tendría lugar la importantísima de Celestino Mutis, de cuyos notables frutos —cincuenta y un volúmenes— sólo en nuestros días se inicia la publicación. Algo similar hay que decir de la de Alejandro Malaspina, que circunnavegaría el globo (1789-1795). Los espléndidos informes gráficos recogidos entonces, y que se dispersaron en diversas instituciones culturales —en su mayor parte en el Jardín Botánico de Madrid—, tuvieron, por excepción, escasa suerte, pese a que la gran empresa había sido minuciosamente programada y costeada por Carlos IV: sabido es que, involucrado en la conspiración cortesana de 1795 —que movió la diplomacia británica contra Godoy cuando éste acababa de reanudar la amistad con Francia en Basilea—, Malaspina fue uno de los primeros «contestatarios» de la «elevación» del Príncipe de la Paz, quien le había apoyado hasta ese momento. Los frutos de su célebre expedición han sido objeto, hace dos años, de una espléndida publicación patrocinada y costeada por la Real Academia de la Historia: paradójicamente, constituyen un alegato más a favor del ilustrado gobierno de Carlos IV, tanto bajo Floridablanca como bajo Godoy, y de las contradicciones internas en que se resume la «dictadura» de éste último.

LOS
VIAJES A
AMERICA

Simultánea a la expedición de Malaspina fue —una más— la de Martín Sesse, Mociño y Cervantes a Nueva España (1787-1804); insistamos aquí en que los famosos viajes de Humboldt, de que ya hemos hecho mención, se efectuaron coincidiendo en parte con aquella —entre 1799 y 1804—, bajo la especial protección de Carlos IV y de su *asesor*, el Príncipe de la Paz. Diríase que en vísperas de la gran emancipación, y como intuyéndola, la Corona tenía un apresurado empeño en levantar el gran cuadro —imagen, valoración y balance— de las Españas de Ultramar. Y en algo más importante aún: en

todo, un testimonio límite del gran esfuerzo de la Ilustración española para salvar lo mejor del «mundo antiguo» mediante una «revolución desde arriba».

Indirectamente, la Revolución desde abajo —la gran Revolución francesa— se interpuso en este camino: liquidó cuanto procedía de la etapa anterior y suscitó una división interna en la sociedad española que no pudo ser superada mediante la «dictadura» de Godoy, sino que, en definitiva, éste acabó estimulando, al convertirse en verdadera piedra de toque de cuantas contradicciones había provocado la gran crisis abierta en Europa en 1789. Pero no caben especulaciones basadas en la contrastación entre los «días áureos» —que lo fueron— de Carlos III y el «plano inclinado a la catástrofe» de Carlos IV. Alguna vez lo dije: «El historiador se siente tentado a establecer un fácil parangón entre el mediodía radiante y gozoso de Carlos III y el tormentoso y angustiado crepúsculo de Carlos IV... Pero, a poco que meditemos sobre las realidades de fondo, no nos será difícil comprobar que la inflexión se hubiera producido igualmente de prolongarse los días del *buen Rey* Carlos III: el impacto de la Revolución francesa, en efecto, era inevitable.»

Pero, en cambio —en todo caso—, Godoy se esforzó con entusiasmo por continuar, en cuanto pudo y hasta su culminación, el camino emprendido por la tradición ilustrada, en una obra ingente que se veía quebrada, y en buena parte destruida, al producirse el fracaso político de 1808, y a través de la guerra —gloriosa guerra emancipadora que llevaba larvada una nefasta guerra civil— con que se abre nuestra época contemporánea.

Hay una iconografía interesante de Manuel Godoy: a través de ella se pueden seguir, en trasuntos pictóricos perfectamente «transparentes», los momentos decisivos de su trayectoria política y vital. La serie se abre con el bello retrato de Esteve: aparece aquí como el guardia de Corps, sugestivo en su radiante juventud, que inicia ilusionadamente la ruta ascensional hacia el poder. Una segunda efigie, de pintor desconocido —conservada en el Museo Municipal de Madrid— lo representa, aún joven, pero ya con la afectada gravedad del hombre de Estado; corresponde tal vez a los días de su entrada en el Ministerio; o a los de su «consagración nobiliaria» como Príncipe de la Paz. La plenitud del hombre y del político —en su mejor momento— fue captada por una obra maestra de Goya, que nos refleja al Godoy generalísimo en la guerra contra Portugal, sobre un fondo de campamento en que destacan las banderas capturadas al enemigo. La fisonomía —perfecta definición psicológica— de este retrato permite intuir la astucia satisfecha del político que «logró» —por una vez— burlar al Gran Corso en el tratado de Badajoz. Todavía hay otro cuadro similar por su empaque castrense —éste, de Carnicero—, en que Godoy aparece ataviado con el

ICONOGRAFÍA DE GODOY

uniforme de Almirante: entre ambas efigies queda inmortalizada la efímera gloria terrestre del «primer dictador de nuestro tiempo».

Pero aún queda un último cuadro, de gran formato, en cuya factura alguien ha creído ver el pincel de Goya; como los dos anteriores, se conserva en la Real Academia de San Fernando. La pintura evoca al Príncipe de la Paz rodeado de los atributos de gran mecenas del arte y de la ciencia —gran dispensador de «las luces»—. El Generalísimo, lejos del estruendo de la guerra y de los enojos de la política se adelanta, ante un pórtico clásico, para ofrecer los estatutos fundacionales de su Colegio Pestalozziano, una de sus grandes aportaciones al horizonte del progreso.

De haber tenido que salvar uno sólo de sus retratos para perpetuar su memoria, Godoy hubiera escogido, sin titubeos, este último.



Godoy, por Goya.